

Rumor de río

Luis Martín Gómez



Rumor de río
Luis Martín Gómez

© Luis Martín Gómez
© Mar de tinta, primera edición, 2016

Foto de portada: José Gómez Rabassa
Diseño, diagramación y portada: Laura Patricia Gómez
Impresión: ONPRESS
ISBN: 978-9945-8638-2-6

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento.

*Lo peor no es el olvido. Lo realmente triste
es tener memoria y no querer recordar.*

Remolino

¿Recuerdas, padre, el canto de las ciguas al amanecer? Su trino se colaba por las persianas, atravesaba las cortinas floreadas y caía sobre las camas recién llegadas de un sueño. Después, iba entrando a las habitaciones el desfile sonoro de la mañana: los pasos de las ancianas camino a la misa de seis, el chirrido de la carreta que transportaba los bidones de leche, el noticiario Radio Mil Informando escuchado por un transeúnte en un radio a pilas. Desde el lecho tibio, uno imaginaba rostros y vestidos, colores y tamaños, confundiendo todavía vigilia y sueño. La certeza llegaba con el olor a tierra y savia que esparcía con suavidad el viento fresco, con el carbón y la cuaba del anafe del vecino, con el aroma a café recién colado. Las fragancias de las flores competían por ganarte el olfato: trinitarias y cayenas, margaritas y rosas, dalias y jazmines, campanillas, llegaban desde los jardines en los que iniciaba el afán de mariposas y abejas. El sol, como una enredadera, trepaba por las paredes de la habitación e iba dándole nombres a las sombras: allí los libros, acá las fotos familiares, abajo, los zapatos ansiosos de aventura, enfrente, el armario de caoba que una vez la imaginación convirtió en escondite de fantasmas. Entonces, uno se desperezaba pero no abandonaba el lecho hasta que escuchaba el pregón de Boní, el carbonero. Boní, boní, llegaba su pregón antes que el ruido de su carreta tiznada; boní, boní, carbón para la marchanta... , voceaba el negro fornido y en su dentadura diamantina rebotaba la luz que bañaba calles y casas, el parque, la iglesia. ¿Recuerdas, padre, esas calles rectilíneas, limpias, arboladas; esas casitas con techo a dos aguas y jardines siempre floridos; la iglesia con su campanario

blanco y su patio verde donde quemábamos a Judas el Domingo de Resurrección y bailábamos merengue en las quermés pro fondos; el parque con su glorieta donde la banda de la Marina de Guerra tocaba retretas mientras los muchachos robábamos besos a las chicas detrás de los arbustos? El Ozama era un campo con electricidad y agua potable, un presagio de ciudad, un remanso en el caos. Santo Domingo podía estar incendiándose y en el Ozama no pasaba nada. La gente seguía su apacible ritmo de vida como si viviera en una burbuja que flotara sobre las huelgas y la represión. Los vecinos, gente buena llegada de los campos, intercambiaban cena en Nochebuena y habichuelas con dulce en Semana Santa. No había verjas divisorias y cada casa, con su jardín abierto, parecía darte un abrazo de bienvenida. Tampoco los patios tenían frontera y era natural que el árbol de aguacate del vecino fuera tuyo y que tu árbol de limones fuera suyo. La vida familiar se multiplicaba en las callejones con el intercambio de ropas, verduras, revistas, agua de florida y oraciones. El día parecía más largo entonces y lo dividíamos en momentos que se respetaban religiosamente: a las ocho, trabajo y escuela; a las doce, almuerzo con La Tremenda Corte de fondo; a las doce y treinta, siesta a lo español, con voto de silencio absoluto para no molestar a los que dormían; a las dos, vuelta al trabajo para los padres y tarea escolar para los niños; a las cuatro, juego en la calle y merienda; a las seis, regreso de los padres y aseo; a las siete, cena y empezaba la noche que terminaba sólo dos horas después, a las nueve, luego de algunos chistes repetidos, cuentos de aparecidos o intrigas políticas relatadas en susurros. De vez en cuando, la bocina de un barco atracando en el puerto nos recordaba que vivimos al lado de un mar al que damos la espalda: comemos poco pescado, no

usamos su oleaje para producir energía, no disfrutamos el placer de navegarlo, desperdiciamos la placidez de sus crepúsculos. Si acaso lo usamos es para irnos, para huir en yola de esta isla donde todo es un intento perpetuo, un proyecto que se inicia y se abandona, un plan que nunca cuaja, una idea que no aterriza, un sueño sin realizarse. Por eso se van cada año miles de dominicanos y a veces perecen en el viaje, devorados por un tiburón o engullidos por el mar. Los que tocan tierra en otro sitio entonces son carcomidos por la nostalgia, otra forma de naufragio. Así han de estar Ito, Chago y Felo, ¿los recuerdas, padre, puedes recordarlos? Eran mis amigos de infancia, con los cuales viví muchas aventuras de mi niñez en el Ozama, que ahora se desdibujan en el recuerdo porque la memoria es una chica huidiza que a veces regresa con vestidos diferentes y te dice hola de mil maneras distintas para luego despedirse o quedarse, caprichosa como solo ella puede serlo. Ya lo dijo don Marcio, un viejo sabio de Villa Francisca con quien hablé alguna vez: “el recuerdo es como un remolino que revuelve las cosas y las pone en lugares distintos”. En tu caso, padre, las cosas las movió un vendaval, o algo más fuerte, un ciclón caribeño, y las ha dispersado de tal forma que se te hace difícil componer el rompecabezas de tu memoria. Pero no temas, he regresado para cazar esos recuerdos intrépidos y ponerlos sangrantes a tus pies, para pescarlos y que se retuerzan ante tus ojos mansos que han olvidado el odio, porque sólo el recuerdo pare rencores; te lo digo yo, padre, que soy prisionero de la angustia.

Chichiguas

Intentémoslo con Ito, ¿lo recuerdas?, Ito, el chiquitín que vivía a dos casas de aquí y que fastidiaba más que una chinche, quizás te llegue a la memoria su grito de guerra (perdona las palabrotas pero el recuerdo, como el agua del río, baja con todo, flores y lodo): “Pero con unos pendejos granos”, eso voceaba Ito si alguien le decía “maldito enano” debido a sus tres pies y cinco pulgadas, poca altura, la verdad, para sus doce años de edad. Como casi toda la gente pequeña, Ito tenía un carácter fuerte, dicen que de esa manera los chiquitos compensan su diminuto tamaño, así que él no barajaba pleitos y devolvía con rapidez cuando se referían a su estatura. Para ello tenía un amplio repertorio de insultos que rimaban con la palabra enano, como “se lo metí a tu hermano, agárramelo con la mano, chúpame el ano” (realmente -y te pido perdón nuevamente por la grosería- al ano le decíamos culo, pero hay que tomar en cuenta que, aunque Ito era no un poeta del insulto, parecía tener sumo cuidado con la rima), “singué con tu hermana en verano” (un poco europeo por lo de las estaciones, pero en fin, funcionaba), “tu maldita madre, hijo de la gran puta” (este insulto, como ves, no rimaba con nada e Ito lo decía cuando ya su rabia le quedaba grande a su enanez y se estaba agachando para agarrar dos peñones que lanzaría sin miramientos al agresor de turno). Su insulto preferido era, sin embargo, el de “los pendejos granos”, porque

además de rimar bien con “maldito enano” le permitía establecer su hombría, su valentía, cualidad que, como sabes, es muy apreciada entre los varones, los cuales pretendemos sea proporcional al tamaño de los cojones. En verdad, no sabíamos si Ito los tenía grandes porque nunca lo vimos en cueros pero siempre asumimos que estaría bien dotado, a juzgar por su arrojo casi suicida. No le temía a nada, o en todo caso, se aguantaba el miedo como un macho, porque siempre daba la trompada inicial en las peleas entre grupos, y también, como el eslogan de la ferretería Haché, ¿recuerdas?, la patada final, que casi siempre lanzaba en el aire mientras era sostenido por uno de los adultos que acudía a separar a los muchachos que, en aquellos días de honor fermentado por las radionovelas de Kalimán, el hombre increíble, las historietas de Batman y Supermán, y la serie de televisión Guayater, se peleaban hasta por un quítame esta paja, (el eslogan de ferretería Haché, o al menos el más contagioso de aquella época, decía “desde la varilla inicial hasta la pintura final”, e Ito era exactamente como ese lema, estaba en todas las cosas desde que decíamos hola hasta que nos echaban, era el alfa y omega, el principio y el fin, como decía el cura Larrea en las misas de la parroquia San José Obrero). Por eso es difícil tener un recuerdo donde no esté Ito, una gira, una misa, un entierro, una aventura, un experimento, una fiesta, un sábado de chicas, un domingo de cine..., en todas las actividades que tuvimos, figura de una manera u otra “el enano de los

pendejos granos”. Te digo, si ahora alguien preguntara por él en el Ozama, a los más viejos del barrio, por supuesto, a los que nunca se fueron, ellos lo recordarán como el carajito que siempre se estaba moviendo, molestando a los otros, o intentando cosas insólitas, como volar sobre chichiguas. Sí, como lo oyes, Ito planeó desde el campanario de la iglesia hasta el dique seco de Rodríguez Piqué, una distancia de más o menos seis cuadras, unos seiscientos metros, tal vez. Por supuesto, es casi seguro que a quien averigüe sobre él lo hagan partícipe de la insoluble discusión acerca de si se trató de un vuelo calculado, preparado científicamente por el audaz piloto, o fue un accidente en el que el diminuto volador no pudo controlar un súbito golpe de viento y fue halado involuntariamente por las chichiguas. Naturalmente, Ito siempre sostuvo que fue un vuelo minuciosamente preparado, “y me salió de pinga”, decía, “hasta pude ver los barcos en el río”. Pero la versión que en su momento se regó como la verdolaga fue que Ito habría echado una apuesta con los muchachos de la calle 13 de que él podía encampanar y mantener volando seis chichiguas al mismo tiempo, incluyendo dos cajones chinos y una cometa con el dibujo de Astroboy, y que lo habría logrado sin mayor dificultad si no hubiera cometido el error de que en vez de darle viento a cada chichigua por separado, como era costumbre, o hasta de dos en dos para ganar tiempo, agarró todos los hilos a la vez y la fuerza de las seis chichiguas lo hizo despegar del campanario de la iglesia, que tendrá

unos 60 pies de altura, y lo llevó volando por encima de la cuadra donde está el colmado de Papito el banilejo, donde pensó que aterrizaría, pero el viento atacó de nuevo a los cajones e Ito se elevó nuevamente y voló sobre la cuadra de la escuela San Antonio de Padua, donde los estudiantes salimos al patio a tributarle un sonoro chillido de aprobación a nuestro compañero volador que ese día faltó otra vez y sin excusa a clases, a ese “Ito Bleirot” enchichigado que planeaba sobre ellos mientras doña Blanca, (¿recuerdas a doña Blanca, la directora: “Mirar para arriba, mirar para abajo, ver a doña Blanca con tanto trabajo”?) le voceaba con el puño cerrado algo que Ito no podía escuchar por la bulla que hacíamos y porque ya soñaba con pasar con su nuevo avión supersónico por encima de la casa de Lucía, la rubita que le gustaba, para que ella lo viera pilotando esa extraordinaria nave con seis motores, colas y flequillos que lo llevaría a tierras lejanas, “pero no te preocupes, mi amor, volveré algún día para que nos casemos y tengamos muchos hijos, o si quieres, ven conmigo ahora, es tan bello el paisaje desde aquí, se ve el río Ozama, los barcos, la ciudad y hasta la ropa interior de las monjas del colegio Santa Teresa”, pensaría Ito durante el éxtasis del vuelo, pero en lugar de pasar sobre la casa de su amada, su nave lo condujo sobre su propia casa, desde donde su madre, doña Milagros, acostumbrada como estaba a las travesuras del intrépido hijo, en lugar de asombrarse porque el muchacho volaba ha- lado por chichiguas, lo regañó severamente por no

haber terminado el desayuno, “y mañana te morirás de hambre, muchacho del diablo, porque no te pondré ni un chin de leche ni un pedacito de pan, buen pendejo, que tu papá está bien fajao buscando dinero para mantenernos y en esta casa no se puede desperdiciar ni un granito de arroz”. De su casa, Ito sobrevoló la de don Giácomo, a quien vio gesticulando mientras hablaba con dos señores que parecían no hacerle caso; más abajo, vio a doña Isabelita hurtando flores que ocultó en el sostén; a los muchachos de la 13 jugando un jueguito de maricones; y a Pimpa preparándose para vender pastelitos en el colegio San Martín de Porres. El premio de su viaje vino casi al final del trayecto con la visión de los senos erectos y rosados de Angélica, a quien vio, según nos relató Ito con baba en la boca, como Dios la trajo al mundo mientras tomaba un baño matinal, a la Virgen gracias que hizo a esa muchacha maniática de la higiene, “tiene como unas venitas azules que le rodean la punta”, detalló con aire de ensoñación, a lo que respondimos indignados “jabladorazo, coño, desde esa altura no le pu diste ver las malditas venas de las tetas”, sin embargo, él mantuvo su descripción durante años, añadiéndole pecas, lunares y vellos aquí y allá en versiones posteriores. Tampoco le creímos que no tuviera miedo al pasar por encima del solar del muerto, nombre que el barrio le dio al terreno abandonado al final de la calle 11 donde se decía que habían enterrado a un comunista que mataron durante la Revolución de Abril y que, según cuentos de

camino, salía por las noches en forma de fantasma con el rostro desfigurado por un tiro de máuser a buscar a su esposa embarazada que los americanos violaron y asesinaron. Ito nos explicó, con la autoridad de alguien que hubiera volado numerosas veces sobre el lugar, que desde el aire el solar del muerto se veía como todos los solares, ni más ni menos, y que allí no había tumbas, ni cruces, ni sarcófagos, ni calaveras regadas por ahí, como decían o imaginábamos nosotros, “nada de nada, ahí lo que hay es yerba, árboles, pajaritos y gallinas cagando”, y nosotros le recordamos que esa era la apariencia del solar durante el día, pero que por las noches, después de las siete, el solar se transformaba en un lugar fantasmagórico donde se escuchaban gritos de gente herida, discursos de políticos y disparos de armas. Ito no le dio mucha importancia a eso que a nosotros nos hacía mear de miedo y se concentró en terminar el relato de su fantástico vuelo, contándonos que las chichiguas perdieron aire cuando pasaba sobre la cueva de Miel de Abejas, el misterioso apicultor que vive en el monte contiguo al dique, y que cayó como una guanábana sobre unos cajones de madera rústica dentro de los cuales había panales de abeja. “Me picaron cuchucientas de esas malditas pero miren, les quité un panal completo”. Ese día, el aguerrido Ito había sido un héroe por partida doble: había volado sobre el Ozama en una insólita nave de chichiguas y le había robado un panal al temido Miel de Abejas. En ese momento, padre, borrachos por tanta miel, envalentona-

dos por la riesgosa misión llevada a cabo por nuestro
compañero, hubiéramos matado a quien osara decirle a
Ito “maldito enano”.

Miel de Abejas

Y a Miel de Abejas, ¿lo recuerdas? No te angusties si no te llega a la memoria, padre, creo que pocos en el Ozama lo recordarán porque nadie sabía cómo era realmente. Unos decían que era grande y tenía barba, otros decían que era de mediana estatura y con espalda ancha, también se escuchaba decir que no se bañaba y olía a comején, que era muy pulcro y olía a polen, que caminaba lento y mirando al suelo, que caminaba rápido y mirando a todas partes, que tenía una cicatriz en el rostro y que no la tenía, que sus dientes eran amarillos y que no tenía dientes, que hablaba y que era mudo, que sólo vestía una ropa y que usaba mil disfraces para camuflarse y pasar inadvertido entre la gente. Su apariencia era tan imprecisa que si preguntabas a dos miembros de una misma familia cómo lucía Miel de Abejas te daban dos versiones diferentes. Es más, si salieras ahora mismo, tantos años después, e hicieras una encuesta entre los viejos vecinos del barrio, estoy seguro que ninguno coincidiría en su descripción de Miel de Abejas. De hecho, en aquel momento había vecinos que negaban su existencia y la atribuían a inventos de la gente, a la costumbre de los campesinos de creer en fantasmas y aparecidos. Por cierto, quienes más negaban su existencia (esto lo puedo analizar ahora, a la distancia) eran los que mejor preparados estaban: don Antonio, el de la Academia Velázquez, Michaelis, el vendedor de seguros, Tavarito, el Capitán de

Navío de la Marina de Guerra; y en cambio, mientras menos formados (mientras más campunos, nos burlábamos entonces), más crédito daban a la existencia del sujeto y más cualidades fantásticas le atribuían. Supongo que así nacen las leyendas y que luego el conocimiento y la racionalidad van tumbando santos de los altares, como pasó con Luis Su Alteza, ¿lo recuerdas?, rey del Bronx y emperador del Ozama. Su leyenda cayó como una guanábana en un suelo rocoso. Antes de que regresara de Nueva York, adonde se lo había llevado su mamá después que metieran preso al papá por robo en el almacén donde trabajaba de sereno, Luis Su Alteza era famoso por las historias que iban llegando de él sobre peleas victoriosas con pandillas del Bronx, su envidiable musculatura desarrollada con el método de ejercicios de Charles Atlas, y su prodigiosa potencia sexual adquirida con tés y ungüentos chinos que los espinillosos del barrio se cansaron de buscar en las revistas Lux y Playboy y en el Mercado Modelo de la avenida Mella. Se contaba, en las reuniones que se hacían frente al colmado de Papito o en el parque después de la cena y antes de la serie Bonanza, que él solo había vencido a doce tipos, incluyendo a uno que había peleado en Bahía de Cochinos y en Vietnam, usando técnicas de karate que había aprendido en el Chinatown de Manhattan. “Te gané a lo Luis Su Alteza”, decía el vencedor de cualquier pelea de esquina, presumiendo del nombre y de la fama de un tipo al que nunca había visto pero cuyo heroísmo, agigantado por el rumor

y la imaginación, admiraba y trataba de imitar. Claro que, a veces, la emulación terminaba con una soberana paliza al imitador. Le pasó a Picho, ¿recuerdas?, el hijo del colono cañero de San Pedro de Macorís, que por estar dándose las de Luis Su Alteza retó al grupo completo de los muchachos de la 13 y le dieron tantos golpes que hubo que echarle agua con sal para reanimarlo. Lo de las cualidades sexuales de Luis Su Alteza no le interesaba tanto a nuestro grupo, tomando en cuenta que teníamos entre nueve y doce años, y tú sabes, a esa edad dominan los juegos y la aventura, y aunque empezábamos a sentir atracción por las chicas, especialmente Ito, todavía lo del sexo no nos obsesionaba, pero no podíamos evitar escuchar a los más grandecitos, los que buscaban novias o se auto complacían en la privacidad del baño o en la soledad del fondo de un patio, fanfarronear, como si fueran ellos los protagonistas, con las hazañas de Luis Su Alteza, de quien se decía que lo tenía del tamaño de un plátano barahonero y que podía satisfacer repetidamente a tres mujeres durante toda una noche. Cuando Luis Su Alteza regresó al Ozama, luego de haber peleado con el nuevo novio de su madre, un viejo puertorriqueño retirado en el Bronx, casi todos los muchachos experimentamos sentimientos encontrados. Para empezar, nuestro héroe no era tan musculoso como aseguraba la leyenda, o tal vez fue que lo imaginamos más fuerte, como el Hombre de Piedra de Los Cuatro Fantásticos, pero viéndolo bien, sobre todo cuando vestía camisillas sin mangas, como las

que después hizo famosas John Travolta en Fiebre del sábado por la noche, Luis Su Alteza venía a ser Hulk: el hombre increíble después de una diarrea por ameba. Qué te digo, no es que fuera tan flaco, tenía sus musculitos más o menos desarrollados, pero no se acercaba ni en sueños a lo que habíamos supuesto. Con la estatura le iba un poco mejor, no era muy alto que digamos, pero piénsalo, para unos carajitos de doce años o menos, cualquier tajalán de veinte es un gigante. De todas maneras, Luis Su Alteza se ayudaba usando unas gruesas botas de obreiro americano, tipo Carterpillar, que creo que en ese entonces todavía no se vendían en nuestro país. Y aunque no tenía los músculos y la estatura que imaginamos, sí poseía, en cambio, una prodigiosa labia con la que era capaz de convencer al más escéptico de los mortales. Desde que empezó a contar sobre sus victorias contra negros de seis pies de estatura, de sus conquistas amorosas, especialmente con mujeres boricuas, que según él eran muy putas debido a que los boricuas lo tienen pequeño y eyaculan muy rápido; de gringas viejas desahuciadas por sus maridos bobotes pero que todavía daban para un buen polvo y además eran generosas con el dinero; de sus ingeniosos trucos para sacarle el doble a las ayudas del gobierno americano o de sus convincentes actuaciones para no ir a trabajar y seguir cobrando un sueldo; de sus visitas de ensueño a la Estatua de la Libertad, el Empire State y el Central Park; de sus travesuras en el subway y en Chinatown..., quedamos prendados de

él, y su dramática llegada a las reuniones en el parque o su escandalosa participación en las quermés, desataba una algarabía inusual entre los presentes, sobre todo en los más pequeños y en las muchachas. Su popularidad creciente fue generando celos entre nuestros hermanos mayores y los otros muchachos de su edad porque vieron afectadas sus posibilidades de brillar y levantarse chicas, de manera que empezaron a fabricar historias fabulosas que compitieran con las del dominicano, sin resultado, por supuesto, porque cómo puede compararse una gira a Boca Chica, con sus puestos inmundos de pescado frito y yaniqueques, con un paseo a Long Beach y sus fabulosos hoteles, o un día en La Toma de San Cristóbal, con sus piletas de agua limosa y sus paraguas desvencijados, con una visita a Coney Island, venido a menos para los americanos pero no para los extranjeros que nunca han visto juegos mecánicos de esa magnitud. Luis Su Alteza reinó a sus anchas durante unos meses pero como dice el dicho: “para hablar mentiras y comer pescado hay que tener mucho cuidado”, sus relatos empezaron a mostrar contradicciones evidentes que sus competidores se esforzaron en poner al desnudo con preguntas tramperas. El héroe pronto se vio atrapado por sus habladurías, y como algunos políticos desafortunados, pasó en tiempo récord de ser el más admirado a ser el más despreciado. Su nombre se usó en lo adelante como referencia para las grandes mentiras, y a quien decía la más inverosímil, la más fantasiosa, lo premiaban

con un “diablos, le ganaste a Luis Su Alteza”, o un “Luis Su Alteza te queda chiquito” o “con tu lengua y la de Luis Su Alteza se puede hacer un puente colgante”. Recuerdo el día de la vergüenza final de este héroe con pies de barro. A la defensiva por las burlas a sus fábulas, hizo la espectacular promesa de que rompería un tronco de guayaba con un solo golpe de karate. La voz se regó como pólvora y en pocas horas el colmado de Papito estaba repleto de muchachos, incluyendo a algunos de la calle 13. El escenario fue preparado con la solemnidad debida. Se levantaron dos pequeños soportes con blocks robados de una construcción vecina, sobre los cuales se colocó y amarró el trozo de palo de guayaba recién cortado a una mata del patio de doña Isabelita, quien medio sorda y medio cegata como era, no se percató de la acción vandálica, a pesar de que fue realizada de la manera más descarada y torpe por una comisión espontánea encabezada, por supuesto, por el indómito Ito. Luego de un retraso de casi una hora (se había coordinado el asunto para las 4 de la tarde, después que terminara el capítulo de la serie *Mi amigo el mago*), Luis Su Alteza apareció vestido con kimono blanco, cinturón negro y una banda roja que le apretaba la frente estrecha y el pelo mal cortado. Llegó dando saltitos, como hacen los boxeadores para calentarse, y levantó triunfalmente los brazos cuando le dimos un aplauso de motivación. Se colocó frente al palo de guayaba, midió varias veces el golpe que le daría con la mano, cerró los ojos para concentrarse, los

abrió de nuevo para sugestionar con mirada de enojo a los que estaban murmurando, y detuvo su acción, argumentando que necesitaba hacer previamente un ejercicio de meditación que le había enseñado un anciano tibetano de Chinatown. Hubo rechiflas de protesta, expresiones de burla, pero Luis Su Alteza logró retomar el control de la situación al colocarse en posición de loto, con las piernas enlazadas, cada pie colocado sobre el muslo opuesto, los brazos desgonzados, las manos sobre las rodillas, las palmas abiertas y colocadas hacia el cielo, la espalda rectísima. Eso solo lo habíamos visto en el libro de historia de sexto grado, que se llamaba Diploma, y en una que otra película china de las que pasaban en el cine Alma de Los Mina y que concluían invariablemente con combates entre los espectadores de un karate algo ecléctico, mezcla de boxeo, ballet y teatro. La rapidez con que Luis Su Alteza enredó sus piernas y entró en trance nos impresionó y disipó momentáneamente las dudas sobre su empresa. Algunos intentaron imitar la posición de loto pero el dolor en las piernas los hizo desistir. Otros bailaban alrededor de Luis Su Alteza o hacían musarañas ante su rostro para que perdiera la concentración. Unos quince minutos después, cuando ya los más pequeños empezaban a desinteresarse del asunto y planeaban ponerse a jugar canicas, Luis Su Alteza abrió los ojos, se puso en pie lentamente, alzó el puño con teatralidad, y golpeó con fuerza el palo de guayaba, emitiendo un grito en chino que nadie entendió. El palo de guayaba ni se astilló.

La mano de Luis Su Alteza rebotó como accionada por un resorte, y su boca se retorció en una mueca que apenas atajó el alarido de dolor. Sin mirar a nadie, se cuadró nuevamente ante el palo y le asestó otro golpe, esta vez con la base de la mano, entre la palma y la muñeca, con peores resultados. Lo intentó con el antebrazo y nada; con los dos manos juntas formando un solo puño y nada; con los pies y tampoco. Lleno de rabia, derribó los soportes, pisoteó repetidas veces el palo y se marchó a toda prisa hacia su casa, en medio de la risa burlona de todos los presentes. Pero a mitad de trayecto se devolvió para justificar su fracaso diciendo que no había podido partir el palo por la debilidad que le había provocado masturbarse tres veces por día en honor a la muchacha del servicio de la casa vecina a la suya, una mulata escultural que se bañaba en cueros en el patio y hacía sus oficios con escasa ropa, explicación que agravó su situación ante el grupo, que inmediatamente le compuso una cancioncita que decía, si mal no recuerdo, algo así como “Luis, brechero, además de jablador es un pajero”, y que significó el epitafio musical para uno de los héroes del barrio que con los años devino en un ser despreciable que maltrataba a las mujeres y abusaba de los animales. Miel de Abejas, en cambio, sobrevivió en el imaginario colectivo, y yo diría que se fortaleció con el tiempo. Pienso que el misterio tuvo mucho que ver con su leyenda. Apenas se dejaba ver, y cuando salía, se mostraba tan silencioso, tan distante, que parecía no ser de este

mundo. Y ya se sabe que no hay nada más admirable, nada más asombroso, que los seres del más allá. Claro que el silencio aporta a ese sentimiento de lo extraordinario. Puede que una persona no tenga muchas luces pero si habla poco, si solo escucha, uno tiende a asumir que es sabia, prudente. Lo de la indiferencia nunca falla, de hecho, es una de las más efectivas armas de seducción de las mujeres, ante la cual sucumbimos desde tiempos inmemoriales. Ese desprecio calculado nos inquieta, activa automáticamente nuestra curiosidad, despierta nuestro instinto de conquistador, nos obliga a alcanzar lo que se nos muestra inaccesible y poseerlo, marcarlo como territorio propio, dominado. Y si no lo logramos, si fallan nuestras facultades de cazador, el asunto se convierte en obsesión. Así estuvimos todos, buen tiempo, obsesionados con Miel de Abejas, su procedencia, lo que hacía, cómo lograba aparecer y desaparecer ante nosotros, su silencio obstinado, su desinterés por el barrio y por nosotros. Te lo repito, padre, ninguno de los que sobreviven y viven aún en el barrio podría definir con exactitud a Miel de Abejas, salvo, quizás, don Giácomo, quien parece saberlo todo, hasta el día y la hora en que va a morir.